

81-7-A-N 17
1884

824
Ca 2538

"El escepticismo en Medicina."



Discurso

escrito para aspirar al grado de Doctor en Medicina
por

D. E. Eloy Bejarano

Licenciado en dicha Facultad y en la de Ciencias
Físico-Químicas.

Sin año



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5315395826



b 18536712

c 2558344x



Exmo. Sr.

La moda, que es segun dice Montaigne la veleidat aplicada a los caprichos del gusto, no solamente ejerce influyo en nuestro modo de vestir, sino que tambien trasciende a nuestra manera de pensar, imprimiendo caracter en las aficiones literarias de cada epoca.

Hace unos cuantos años, los trabajos científicos de la índole del que voy a someter a la ilustrada censura de V. E., versaban principalmente sobre cuestiones de Filosofía o de Moral médica: El grado de certidumbre en Medicina, La eutanasia, Deberes del Médico con la Humanidad, Influencia de la Educacion y las costumbres en la salud pública, La experiencia en Medicina &c. &c.; eran los temas predilectos y

hasta obligados de los que, como yo, aspiraban al honroso grado de Doctor en nuestra Facultad. Las corrientes del día van por otro camino; y estos discursos se ocupan hoy generalmente de Monografías patológicas, Procedimientos operatorios, Estudios terapéuticos y otros asuntos analogos, cuyo desenvolvimiento entraña seguramente mayores dificultades y por consecuencia mayor mérito que los trabajos meramente especulativos.

Por eso mismo, por las dificultades inherentes a la resolución de un problema patológico, operatorio o terapéutico acerca del cual poco podría yo decir por cuenta propia, he preferido desempolvar añejas uvanzas y sacar del arca del olvido una de aquellas tesis filosóficas, que tan del gusto fueron de los Doctores que hoy peinan, respetables canas, y que a mí con ser joven me atraen también con fuerza irresistible.

Los estudios filosóficos sobre la Medicina se miran hoy con un desden en mi concepto inmerecido: arrastrados por el

empirismo de nuestros estudios, prescindimos de la filosofía; como si en las ciencias de hechos no fuese necesario filosofar para encontrar en el fondo de los mismos las ideas que los explican: hemos olvidado que la Filosofía es nuestra madre y que Hipócrates nos dejó dicho: medicus enim philosophus est Deo equalis; resultando de estos desvíos de la humana inteligencia que el médico, por descender demasiado al terreno de los hechos, no logra idealizar la realidad; como el filósofo no logra tampoco realizar la idea por remontarse esencialmente a la región de los principios. El filósofo sin biología no es bastante práctico; el médico sin filosofía no es bastante teórico.

Y, como yo entiendo, que hoy necesitamos tanto o más que en los pasados tiempos los estudios filosóficos, voy a romper con las costumbres de la época y a salir por los fueros de la tradición en este punto concreto de las tesis doctorales; sin que

me arredre, antes bien complaciendome la idea de ser motejado de tradicionalista: como entiendo que el tradicionalismo es una necesidad en todos los ordenes de la vida social, toda vez que llena una importante funcion historica: como se que esta funcion no es hoy, como antes era, la de galvanizar cadaveres ni revivitar utopias, sino la de contribuir con una oposicion prudente y una divergencia razonada a hacer mas seguro, consciente, estable y definido el progreso, no tengo inconveniente, antes me huelgo mucho, en aparecer como tradicionalista en este asunto, como no lo tendria ni lo tengo tampoco en ser tradicionalista en otros muchos; porque estoy convencido de que el olvido lamentable, en que hoy yace la tradicion en Medicina, es una de las causas que mas poderosamente contribuyen a que la ciencia de Hipocrates no haya adquirido todavia el grado de esplendor y lustre a que la hacian acreedora, y a que la prepararon, los brillantes tra-

24
bajo de aquel sublime viejo, fundador y padre de la Medicina.

Contando con vuestra venia y creyendo contar tambien con la favorable disposicion de vuestro animo que mi pobre trabajo necesita, para merecer los honores de la ilustrada aprobacion de N. E., voy a entrar de lleno en el desenvolvimiento de mi tema que versa sobre.

El Escepticismo en Medicina.

"Para estudiar y practicar convenientemente la Medicina, es menester conocer su importancia; y para conocer su importancia verdadera, es necesario creer en ella."

Estas palabras con que el celebre Medico y filosofo frances Doctor Cabanis encabeza su grande obra sobre el "Grado de certidumbre en Medicina", entrañan un sentido profundo y constituyen la

base moral de toda la practica de nuestro arte: porque es indudable, que tanto en el orden ético, como en el físico, nada se logra sin verdadera fe y creencias que se dedican con el celo, afición, desinterés y perseverancia necesarias al estudio de la ciencia o arte que profesa. Pero si esto es innegable, no lo es menos, y el mismo Cabanis lo reconoce en su citada obra, que no basta que el Médico este convencido de la eficacia de su arte, sino que es preciso que tambien el enfermo reconozca esta eficacia y tenga confianza en quien le prodiga sus cuidados.

El anciano de Coë, en cuyas inmortales obras hay que buscar el embrión de todas las grandes ideas que hoy animan el mundo médico, ya nos dejó dicho en sus sublimes Apforismos, que en todo problema patológico es necesario considerar tres inseparables factores: el médico, como ministro del arte con el conjunto de conocimientos que posea y

con su amor a la verdad y a la ciencia; el enfermo, con su energía vital, su confianza en el Médico y su docilidad para someterse a los medios que este prescribe; y la naturaleza exterior, con el influjo de los agentes cósmicos, que actúan sin cesar sobre la economía, modificándola en sus actividades, lo mismo en el estado fisiológico, que en el morboso.

No es pues de ahora, es de todos los tiempos, la necesidad siempre sentida de que enfermos y médicos, fieles y sacerdotes alimenten en su alma la salvadora esperanza en los recursos y en la eficacia de la mas humanitaria y noble de las ciencias; como no es de ahora tampoco, sino de todas las épocas, edades y naciones el que existan espíritus heréticos que en Medicina, como en todo, promuevan el cisma y fomenten la negacion y la duda, esparciendo la desconfianza y los recelos so-

bre el valor de sus beneficios y sobre la certidumbre que alcanzan los principios en que se apoya la difícil ciencia de curar.

Dos siglos antes de Jesucristo, cuando mas floreciente estaba la doctrina hipocratica de la Escuela de Coa, el mal espíritu de Pirron, se a aquel filosofo que ha pasado a la posteridad con el poco honroso titulo de Septicorum pater, logró marchitar, ya que destruir no pudo, la exuberante vida que gracias a las sobre naturales intuiciones del isteno Asclepiades, germinaba arrogante en el campo todavía reducido y aun no deslindado de la Medicina; y rota desde entonces la valla que contenia los espíritus a respetuosa distancia de aquella inmortal obra que no alcanzaban a comprender ni a medir, dividieronse los discipulos de Pirron en reteticos, scepticos, eclecticicos y aporeticos, y cada cual imitando las máximas de su digno maestro dudo de lo que bien le

parecia, creando un escepticismo universal tan desconsolador como estéril.

Y meno mal, que reaccionando despues sobre si mismas algunas de aquellas inteligencias extraviadas supieron sacar partido de ~~su~~ gran caída y metodizaron la duda, haciendo de ella un punto de partida, no un final de jornada como la entendian los pirronianos, y contribuyendo con esto a restaurar y aun a perfeccionar el edificio médico que casi lograron destruir; porque es indudable que si la duda como sistema y como fin es demolidora y estéril, en cambio, como principio y como método, constituye un elemento de verdad y un germen de progreso que somos los primeros en reconocer. No va nuestra protesta dirigida contra Sócrates filosofando con la duda por método: esta duda, con tendencias a la afirmación la consideramos como una favorable disposición del espíritu para alcanzar la verdad y distinguirla de los espejismos

de la fantasía: nuestras censuras se dirigen
a la duda sarcástica, híbrida y estéril de los
pirronianos que solo conduce a la nega-
ción absoluta de las verdades mas esplendo-
rosas.

Mas como no entra en nuestro plan
ni conduce a nuestro objeto, el trazar la
historia del escepticismo filosofico, toda vez
que lo que nos proponemos, es solamente
estudiar el escepticismo contemporaneo, que,
por lo que a la Medicina respecta tiene
caracteres propios y exclusivos; no es nece-
sario que hagamos largas escursiones
al socorrido campo de la Historia, bastan-
do a nuestro proposito dejar sentado, que
la llaga medico-social de que nos es-
tamos ocupando, tiene tanta antigüedad
como la ciencia misma y que no es
por tanto como algunos suponen el fru-
to de la perversión y de la ingratitude de
nuestro siglo.

No: el desconocimiento de los bene-
ficios y de los progresos de la Medicina; las

dudas, que acerca de su certidumbre y efica-
cia, existen entre el publico y entre los
mismos medicos; los ataques virulentos
de que está siendo victima, por parte de
aquellos que tienen mas por que callar
y cuyo tejado es de vidrio debil compara-
do con el nuestro; las agresiones salva-
jes contra los medicos en tiempos de epi-
demias; los fanatismos y preocupaciones
de un vulgo insensato que deifica y
erige altares al charlatanismo mas soer
y a la ignorancia mas supina, en
tanto, que levanta un calvario pa-
ra los martires de la abnegacion mas
santa y del heroismo mas sublime;
la suprema injusticia, en fin, con que
se juzga, y trata a la Medicina y a
los medicos, no es un invento del siglo
XIX.

Los epigramas de Marcial, escritos
hace 18 siglos, ya maltrataban a los medi-
cos: Plinio no nos era favorable: Petrar-
ca, Moliere y nuestro D. Francisco de Que-

vedo continuaron esta especie de tradicion literaria: Rousseau y Montaigne no se inspiraron en nuestra epoca para forjar sus violentas diatribas contra Boerhaave y otros famosos medicos: el padre Feijoo escribio hace mas de 100 años sus ruidosos discursos contra los hijos de Esculapio: el historiador Kurt-Sprengel que proclamó el escepticismo como meta de los estudios medicos no era de nuestra epoca: el Doctor Martin Martnier autor de la Filosofia esceptica fue contemporaneo y colaborador del padre Feijoo: nada pues de esto, que sucedió hace muchos años y que solo por la Historia conocemos, puede con justicia atribuirse a nuestro siglo.

La generacion actual, no ha creado efectivamente el escepticismo en medicina: seamos justos: pero si fuer de justos, con sigremos tambien, que, si no le ha creado, ha hecho algo que es aun mas censurable que la paternidad de semejante aberracion de la inteligencia: le ha cam-

biado se forma y de caracteres de tal modo que, lo que fue vanal entretenimiento de poetas y reflejo de frivolas preocupaciones de sus epocas en manos de Mercier, de Moliere o de Quevedo; lo que fue con Montaigne y con Rousseau la expresion del despecho que sentian por ver incurables sus propias dolencias, cosa que a la verdad debe inspirar mas compasion que enojo: lo que en Kurt-Sprengel se le consideraria como una deplorable perturbacion mental, nacida del exceso de sus profundas disquisiciones historicas: lo que el reverendo Feijoo y el esceptico Doctor Martnier no menos que el materialista Cabanis, elevaron a la categoria de cuestion en alto grado filosofica, sujeta a terminos silogisticos precisos y digna de fijar la atencion de los hombres pensadores, ha pasado a ser en estos ultimos tiempos, ya, la bufonada soberbia, ya, el insulto grosero, ya, la agresion brutal, y siempre un doloroso

sarcasmo y una amarguísima decepción para los que somos víctima de la más negra de las ingratitudes, de la más notoria de las injusticias.

Semejante acusación dirigida a la sociedad en que vivimos necesita sostenerse con pruebas y razones a darlas bien cumplidas. Examinando sin pasión ni encomio los móviles que en las distintas edades han impulsado a algunos hombres de reconocido valer y mérito, para esgrimir su pluma contra la ciencia médica y contra sus representantes y dispensadores, encontraremos seguramente, bien en el estado de ánimo de los detractores de la Medicina, bien en el escaso grado de cultura de los siglos, o ya también en los lunares de la misma ciencia y en las flaquezas de sus hombres, alguna atenuación que dulcifique la parte acerba, inherente a toda violenta censura. Pero, cuando de este análisis pa-

semos al estudio del escepticismo de nuestros días, del escepticismo del año 1884 en que vivimos; cuando examinemos el raquítico y vergonzoso aspecto bajo que hoy se presenta, y la simpatía con que se nos acusa, dada la situación floreciente en que la Medicina se encuentra, y que también demostraremos; toda nuestra magnanimidad será poca y no alcanzará probablemente a disculpar a la actual generación de los desafueros que contra nuestra ciencia está cometiendo.

Comencemos, pues, este examen, en el que seguiremos el orden de las citas arriba hechas, suficientes a nuestro juicio para el objeto que nos proponemos.

Los desahogos poéticos que Marcial, Petrarca, Moliere, Quevedo y otros innumerables vates de menos importancia, se permitieron en sus buenos tiempos contra la Medicina; poca

atencion merecen para nuestro objeto
y ninguna significacion encierran:
a los poetas como a las damas les está
permitido todo y no hemos de ofendernos
por sus genialidades = Existe una espe-
cie de tradicion literaria, de que antes
hablábamos, en virtud de la cual, no
hay novelista, ni poeta que no en-
saye su número contra los pobres mé-
dicos, como no hay tertulia ni reu-
nion donde la Medicina no compar-
ta con la moda y el estado atmosfe-
rico, el privilegio de la conversacion
de una sociedad frívola y derocuada =
Aunque nos vuelva que cosas tan gra-
ves y serias sean tratadas con tanta lige-
reza e impremeditacion no somos
aprensivos ni susceptibles hasta el punto
de creer que este superficial escepticismo
haya influido, ni pueda influir, de
un modo decisivo en la próspera ó ad-
versa fortuna de la Medicina.

No opinamos igualmente respecto

del uapitismo de Montaigne y de Rousseau,
y unimos estos nombres separados en la His-
toria por un intervalo de dos siglos, en ra-
zon a la identidad de criterio que tuvieron
en asuntos médicos, como en casi todos los
demas = El gran ruido que produjeron
las declamaciones de estos dos filósofos con-
tra nuestra ciencia, duratodavía; por
mas que todo el mundo está ya en el se-
creto del porqué de sus enconados ataques.

Montaigne padecía mal de piedra,
para cuyo alivio ^{habia} recorrido inutilmente
todas las estaciones balnearias de Europa
y consultado con los mas famosos médi-
cos; y a pesar de toda su filosofía no pu-
do resistir a la tentacion de regar la
certeza de nuestro arte en su libro titula-
do Ensayos, en el cual demostro cum-
plidamente su odio a los médicos, no
menos que su valor y su estoicismo.

El Doctor Lallemand ha explicado
perfectamente el escepticismo de Rousse-
au y las diatribas que en sus Confesiones

dirigió al celebre Borden, por la influencia que sobre su espíritu ejercía el vicio de conformacion con que vino al mundo - Culpaba a los medicos y a la Medicina de la que solo era obra de la naturaleza.

¿Seria caritativo, dicho esto, tomar represalias del daño, que estos filosofos hicieron con su pluma a la causa de la certidumbre medica?

En modo alguno; y con tanto menor motivo, cuanto que, los mismos medicos no estamos exentos de dejarnos arrastrar por la corriente del escepticismo al ver incurables nuestras propias dolencias: la historia registra muchos casos de Medicos que ante la tisis o una angina de pecho desfallecen en su fe y sienten abandonar sus fueros.

Bayle y Laennec por su inteligencia privilegiada son raras excepciones de energia moral.

Esto, mas bien que vituperio

debe inspirarnos lastimas. Es tan difícil para el hombre, por muy filosofo que sea, hacer abstraccion completa de su personalidad en sus propios juicios; y tan difícil aun para el mismo Medico resistir a esta especie de venganza del amor a la vida engañado, que tan naturalmente conduce al hombre a la negacion de una ciencia, cuyos beneficios no le alcanzan; encierra esto, tanta sublimidad y tanto dolor, que solo nos atrevemos a desear a los desgraciados que tales tormentos sufran la compañía constante de estas dos virtudes teologales: fe y esperanza.

Examinemos con el merecido detenimiento el escepticismo de Kurt-Sprengel; no se trata ya de un poeta ni de un literato, sino de un medico distinguido y de uno de los mas serenos y eruditos historiadores de la ciencia medica. Su opinion, no puede por lo tanto ser recusada por inoportunidad.

En su Historia pragmática de la Medicina, ha consignado Sprengel, con repetición, esta desconsoladora máxima, que es como la síntesis de sus últimas ideas: "El escepticismo en Medicina, es el deberatum de la ciencia: el partido más prudente consiste en ver con indiferencia todas las opiniones sin adoptar ninguna"

Semejante conclusión del gran historiógrafo, entraña la idea de que la lectura y el estudio de las vicisitudes y trabajos porque ha pasado la Medicina a través de los tiempos, conducen necesariamente a la negación de la ciencia misma que se cultivaba; lo cual por muy doloroso y triste que sea y por más que lo consideremos exagerado, no deja de tener un fondo de verdad innegable.

¡Que peligroso es efectivamente descomer en Medicina el velo del pasado! El ánimo se tortura, la razón vacila

6/

al ver el turbulento remolino en que la corriente del tiempo ha arrastrado a la ciencia de las ciencias, que después de 60 siglos de constante lucha a parece aun fatigada e inquietada, empeñándose en llegar, cual otra Sísifo, a la de vada y serena región de la verdad, sin que logre de su vano empeño otro resultado que el de que se le considere como eterna Penlope, que hoy desteje lo que ayer tejio.

Hojeando la historia de nuestra ciencia la contemplamos mistificada, en los tiempos de los Asclepiades: materialista luego, con Asclepiades de Pruso, y Boerhave: vitalista, con Hipócrates y Van-Helmont: animista, con Stahl: química, con Paracelso y Silvio: fisiológica con Cullen y Broussais: humoral con Galeno: sidrista, con Baglivo: empírica, con Acron: dogmática, con Thomson: cabalista y mágica, con Agripa: matemática,

con Borelli y Bouilland; escéptica con Sexto, Leonardo y con el citado Sprengel; y al contemplar tal cúmulo de contradicciones, y al observar, que en los tiempos presentes, subsisten aun vivas tan encontradas teorías, aunque disfrazadas con ropaje nuevo, ocurre naturalmente preguntar:

¿Hasta cuando durará este flujo y reflujo, alternativa extraña de adelantos y de retrocesos? ¿Cuándo se cerrará la era de la inconstancia y de las veleidades humanas? ¿Que mal espíritu se ha complacido en llevar a la Medicina de error en error y de extravío en extravío? ¿Acaso la naturaleza cambia a cada generación? ¿O son eternas e inmutables sus leyes?

La razón humana, al detenerse a contemplar sus extravíos, con frecuencia en el libro de la Historia, siente raquítica y enervada; desconfía de sus fuerzas y, temerosa de analogas

decepciones, no se atreve a intentar nuevos ensayos y se deja invadir del desaliento.

Por eso se explica, aunque no se disculpe el escepticismo en que cayó el historiador Sprengel y el en que han caído otros muchos médicos, cuyo espíritu se oscureció, sin duda, ante la densa polvareda que levantaron en pasadas edades, con el choque encarnizado de sus mal templadas armas, los aguerridos combates de los numerosos y encontrados sistemas, que, con más pasión que justicia, se han disputado, en todos los tiempos, el dominio de la Medicina.

Pero si nos explicamos el escepticismo de Sprengel, no podemos del mismo modo disculparle: dejar muerta al pensamiento y entregarse al indiferentismo y la atonía por la posibilidad de incurrir en errores, sería lo mismo que sujetar los músculos a la inacción.

más completa y prescribir del movimiento por la posibilidad de curarse, o, a' dejar de comer por temor de indigestiones, o, a' suprimir los medicamentos porque en su mayoría son venenos administrados a grandes dosis. Sembrante proceder no es cuerdo. La Humanidad como el individuo aprende a andar, cayendo, y la sabiduría consiste en que estas caídas no sean infructuosas y sirvan de saludable enseñanza para lo futuro.

Las contradicciones y los extravíos de que se halla cuajada la historia médica, hijos son de la inteligencia humana: resiste el hombre al penoso trabajo de la observación; y en vez de buscar en la realidad la inquebrantable base de sus teorías, satisface con los galanos enueños que su fecunda imaginación le ofrece en abundancia; ¡es tan fácil imaginar! tan difícil y penoso observar bien; y el

hombre, cuyas fuerzas apenas bastan para comprender lo finito, lo contingente, al querer apoderarse de lo infinito, de lo absoluto, deslízase por una pendiente de errores y engendra una ciencia falsa, hoy supersticiosa, mañana sceptica, dogmatica ahora, mas tarde empirica; materialista mas veces y otras espiritualista.

Comprendiendo que esta es una de las principales causas de nuestros errores, debemos separar a' la medicina de esa via de verdadero ilusionismo; y es establecer las teorías sobre la anchura base de la eterna e inmutable realidad. Hagamos en medicina lo que Kant en Filosofía: apliquemos su critica severa, pero justa, a' purgar nuestra ciencia de todos sus errores: sometamos al crisol de la experiencia nuestros desubrimentos; desechemos lo que no resulte bien probado y esto, será indudablemente mas fecundo que entregar

nos al indiferentismo aconsejado por
Kurt Sprengel; y nos hará encontrar
en el fondo mismo de la Medicina esa
certidumbre q' inútilmente se ha busca-
do en la aplicación de la Química,
de las Matemáticas, de la Astrono-
mia y por otros muchos caminos.
La tarea es inmensa; hay para
muchas generaciones; pero veni-
mos, con la manía de teori-
zar: dejemos el campo de la fanta-
sia para la imaginación, y es-
tudemos con la inteligencia al hom-
bre y a sus males que estos no son
ilusiones sino realidades, que bien
merecen toda nuestra atención y ha-
bremos conseguido recorrer gran
distancia en el camino del verda-
dero progreso.

Aunque, en rigor de ver-
dad, no tenga conexiones con el excep-
tismo de Sprengel lo que vamos
a decir, como si fuera que estamos

ocupándonos de las causas que
arrastran a los Médicos por la pen-
diente del declive, no será fuera de
propósito que apuntemos la idea,
de que influye bastante en la debi-
litación y pérdida de las creencias,
de algunos profesores, la defectuosa
organización que entre nosotros
tiene la enseñanza de Medicina,
en la que se echan de menos las
clínicas especiales que para to-
das las asignaturas, pero singu-
lamente para la terapéutica,
deberían existir en nuestras Escue-
las. = La falta de relación que
existe entre lo que aprendemos
en la cátedra y lo que vemos
en el enfermo: la disconformidad
entre las afirmaciones dogmáticas
del libro y del maestro y los resultados
nulos o contra-productos que mu-
chas veces obtenemos en nuestra prác-
tica, bien, por la falta de costum-

bre de observar, bien porque omita-
mos algun interesante detalle de aque-
llos que aprendimos puramente
de memoria; y en una palabra:
la diferencia inmensa que existe en-
tre el lenguaje humano habla-
do o escrito, y el lenguaje de la
naturalena, que nunca sera por
el hombre fielmente traducido;
estas discordancias, repetidas, son
fecunda causa de desanimacion
y hacen perder la fe muy a menu-
do a los profesores juvenes.

Por lo que a la terapeutica
se refiere, es indudable que nin-
guna ciencia precisa mas que
ella los servicios de la clinica es-
pecial. - Existe en terapeutica
un verdadero caos: se ha hecho ya
interminable la lista de los me-
dios de que disponemos para
llenar cualquiera indicacion; y
si bien es cierto, que la ciencia de

los indicadores hace cada dia conquistas in-
preciables, no lo es menos, que su progreso
seria mas evidente y eficaz, si a la par
que suma remedios de valor inencon-
table, restara otros de valor dudoso,
por no decir nulo o perjudicial, de los
muchos que todavia sirven de impe-
dimento al enorme arsenal de nues-
tros recursos terapeuticos. De este modo,
serian menores nuestra perplejidad y
nuestras dudas, cuando al principio de
la practica nos encontramos a la ca-
becera del enfermo, sin saber que medi-
camento formular, por ser estos tantos,
y por no tener probada la accion de nin-
guno de ellos, en la clinica especial
de comprobacion terapeutica, que
deberia existir en todas las Facultades
de Medicina.

Ligamos nuestro juicio compara-
tivo entre el antiguo y el contempora-
neo escepticismo.

Cuando se habla de Sr. Benito Germinio

Feijoo tiemblan las carnes de los médicos,
al solo recuerdo, de los soberanos vapuleos
que el reverendo beneditino descargó so-
bre las espaldas de los Galenos del pasado
siglo = Pocos escritores, y de la talla de Fei-
joo tal vez ninguno, nos habrán ata-
cado con mas denuedo y valentia. Y
sin embargo; reparándonos en esto bas-
tante del comun sentir de los criticos,
no podemos menos de confesar, que el
buen padre hizo con su escepticismo
un gran favor a la humanidad y a
la misma Medicina.

leyendo sin preveniciones los referen-
tes discursos de su Teatro critico en que
se ocupa de asuntos de nuestra profesion
descubrimos en el fondo de sus acerbas
censuras, que estas no se dirijen contra
toda la Medicina y menos aun contra
todos los médicos, sino que combaten tan
solo los sistemas exagerados y la ridicula
terapeutica que tan en boga estuvieron en
los comedios de la ultima centuria. El exceso

de sangrias, purgantes y enemas que en
tonces se usaban por los practicos con
verdadero furor y ensañamiento: la ad-
ministracion del oro como cordial; el
uso terapeutico de la piedra bezoar;
los retumbantes opitotos del jarabe aureo,
agua angelica, piltoras vine quibus
l^a l^a; esto, es lo que combatió y lo
que ridiculizó el gran beneditino, f
animado por el laudable deseo de librar
a un siglo de los errores y preocupacio-
nes que tan atrasado le tenian. En una
logo sentido, escribió, con no menos cau-
tidad, contra la ignorancia de sus her-
manos los frailes, contra las licencias
del clero, contra los exorcismos y falsos
milagros y contra todo aquello que a su
recto criterio repugnaba. No tubo, pues,
apasionamiento, ni singular otiosidad
contra la Medicina, como algunos supo-
nen en sus acerbas criticas.

El ilustre escritor de quien nos
ocupamos, prestó un señalado servicio

al progreso médico de su tiempo, no por lo que edificara, sino por lo que destruyó. Mejor, mas satisfactorio y honroso hubiera sido, que la reforma que inició el monje benedictino la hubiera iniciado un médico, pero en España como dice el historiador Lafuente siempre ocurrió que para que las cosas vayan bien hay que encararlas a personas ajenas a la profesión. Por eso los frailes han escrito de Medicina y los médicos de teología. Pero aparte de esto, la verdad es que el escepticismo médico del Padre Feijoo, fue un escepticismo provechoso y ¡ojala! que el de nuestros días, ya que existe, se pareciera al del Maestro general de la orden monástica de San Benito.

En cuanto al Doctor Don Martin Martínez, contemporáneo de Feijoo, y autor de la Filosofía esceptica y en cuanto a los demás filósofos, médicos y no médicos, que en las distintas épocas han dudado de la veracidad de la ciencia, planteando

la cuestion en el terreno puramente especulativo, no hemos de permitirnos decir nada: cuanto dijéramos seria un vergonzoso plagio de las ideas consignadas por el gran Cabanis en su inmortal opusculo Sobre el grado de certidumbre en Medicina, cuya sana doctrina es por fortuna familiar a todos los profesores. Volviendo contra los enemigos de la ciencia sus propias armas, el Doctor Cabanis triunfó gloriosamente de todos ellos con aquella modesta, pero grande obra, que bien merecia ser declarada de texto para la enseñanza de la moral médica, si esta asignatura se hallara comprendida en el plan de estudios de nuestra carrera. =

Hemos pasado revista a las diferentes opiniones de los prohombres del escepticismo médico de todos los tiempos y según nos proponíamos al comenzar este análisis retrospectivo creemos haber encontrado la atenta escusa, y la disculpa, de un falta de fe y de un

declamaciones e invectivas.

Hora es ya de que hablemos del escepticismo médico de nuestros días, para el cual reservamos todos nuestros rigores, que nunca van tan fuertes como su ~~su~~ varon merece.

De cuestión en alto grado filosófica, el escepticismo en Medicina ha pasado a ser una cuestión social, que se presenta hoy, no con la calma y mesura propias de los problemas especulativos, sino con la agresión y la injusticia que caracterizan a los desbordamientos de la insensatez y de la ignorancia de las masas. Antiguamente, los que no creían en la eficacia de la Medicina o negaban su certidumbre, planteaban sus dudas o sus negaciones en correcta formación, ajustándose a los preceptos de la lógica; y encastillados tras de sus argumentos, esperaban las razones del contrario; no de otro modo que se plantea y se ha planteado

siempre la cuestión de la existencia del alma o cualquier otro problema filosófico. Por lo que a la Medicina respecta solíanse presentar los argumentos bajo la siguiente forma:

- 1.º Desconociendo la causa de la vida, y siendo este conocimiento la base del arte de curar, ese arte flaquea por su base.
- 2.º El Médico desconoce la naturaleza y causas primarias de la enfermedad y mal puede conocer los efectos.
- 3.º La medicina no puede establecer reglas fijas porque nada hay más variable que la naturaleza.
- 4.º No conociendo la esencia o naturaleza de los remedios que emplea mal puede el médico saber que efectos producen.
- 5.º La experiencia en Medicina es mudable e incierta y no puede servir de regla para la práctica.
- 6.º Si la Medicina estuviera apoyada sobre bases ciertas y sólidas, su teoría sería siempre la misma y no existiría tanta divergencia de pareceres.
- 7.º Nun-

que los médicos lo superaran todo, exigiria este conocimiento tanta penetracion y tan grandes cualidades de todo genero, que pocos hombres podrian reunir las, resultando, que la medicina seria un arma ofensiva puesta en manos del charlatanismo y la ignorancia.

Asi se presentaba ante, la cuestion del scepticismo en Medicina, y asi la encontro Cabanis cuando la vio en colosal batalla: tal vez hoy este sabio que tan a maravilla maneja la dialectica, no sabiera del mismo modo victorioso; porque de tal manera han cambiado las cosas que mas que de armas logicas vamos a necesitar los médicos de armas blancas para defender nuestro terreno.

"Los médicos son unos embaucadores ignorantes que no saben todavia curar el colera: que se dejan morir a los tísicos: que no dan vista a los ciegos: que no conocen remedio para la vejez: ¡guerra a los médicos, que no han descubierto aun el secreto de la in-

mortalidad!

Bajo esta forma inculta soez y descarnada se nos presenta a nosotros la cuestion: este es el grito, vil parodia de los de Montaigne, que escuchamos ahora por todas partes. El pueblo bajo ha compuesto con este grito una marcha triunfal dedicada a los apóstoles que con tal epíteto designa a unos harapientos cauderos, procedentes de un centro espiritista de Sevilla, que en considerable numero andan repartidos por esos mundos (y en Madrid hay actualmente mas de cincuenta) haciendo prodigiosas curaciones con agua magnetizada por la oracion (¡!): no se sabe si estos hampones descenden en linea recta de San Juan de la Cruz o de algun otro santo como cierta famosa curandera de Fontiveros, que goza tambien ahora de gran privanza, pero ellos afirman que reciben directamente la inspiracion divina y... el pueblo lo cree y los aclama con frenético delirio.

La clase media, no se atreve por decoro,
a buscar a los apóstoles en los inmundos
antros donde prodigan la gracia divi-
na; pero acude en cambio a proveerse de
panaceas al lujoso gabinete de indoctos
doctores, mengua de nuestras Universidades
cuya morada borta debe estar descolorida
de vergüenza. La clase aristocrática, ¡ah!
esa clase se lo permite todo; y ora sienta
a su dorada mesa a los famelicos Santo-
nes, ora arregla su estragado estómago con
panaceas del Doctor X, o bien consulta sus
achaqueos con algun distinguido homeopa-
ta (excepticos de quante blanco) alguna-
vez reclama los consejos de la medicina
tradicional, pero como esta no contempo-
riza con la crapula, ni con el exceso, su
firmadura dura pocos dias - ¿que clase
falta? La aristocracia del talento; los lite-
ratos, los abogados, los ingenieros. ¿Y que
opina esta clase? Pues, se deleita en el
Ateneo científico literario y artistico de
Madrid, en el cerebro de España que así se

le llama, oyendo las ocurrencias de cierto
afamado bibliofilo que hace discursos
contra los médicos, llamandolos ignoran-
tes a boca llena y diciendo que lo poco que
sabian se lo deben a la camalidad, no a sus
estudios. Falta el juicio imparcial y
sensato de la prensa que protestará segu-
ramente contra tanta ignorancia; Protes-
tar! Nada de eso. Se rie y... aplaude.
Hasta la magistratura, la grave y seria
magistratura que administra y repar-
te la justicia, se hace también complice
de los ataques que están sufriendo, el
sentido comun por una parte, y la dig-
nidad de una profesion respetable por
otra, puesto que absuelve libremente y con
pronunciamientos favorables a los ya céle-
bres apóstoles, acusados de intrusismo
por un médico, ex tanto que carga su
dura mano sobre infelices profesores, en-
vuelto por cualquier desgracia en una
de esas desdichadas causas de responsabi-
lidad profesional, que con mas frecuen-

cia de la bebida se instruyen todavía para
oprobio nuestro.

Perdonadme, Ex^{mo} Sor, si el descom-
plado tono de estos párrafos, desdice de la
menura y circunspección propias del acto
que se está realizando: algo ha de dispen-
sarse a quien sino se me merecimien-
tos bastantes para aspirar a la honra
que de V. E. solicito, posee en cambio
un elevadísimo concepto de su profe-
sion a la que le indigna ver tratada
con tan insigne injusticia.

Lo más irritante de la cuestión que
nos ocupa, aparte de la grosera forma
bajo que se presenta, es que solamen-
te a la Medicina y no a otra ciencia
alguna se dirijan las infundadas que-
jas y las estúpidas censuras que a nues-
tro arte se dirijen, como si las demás
profesiones hubiesen llegado ya a la
suma perfección. Mandado de un dere-
cho perfecto y de unas maneras más
cultas y racionales vamos a 'permi-

21
tarnos dirigir a nuestros detractores al-
gunas preguntas:

¿Conoce el jurista todos los funda-
mentos del derecho y de la justicia distri-
buitivas, todas las formas y pruebas del crí-
men, ni todos sus arribes y subterfugios?
¿Acierta siempre a distinguir al ino-
cente del verdadero culpable? ¿Sabe pro-
porcionar el indispensable castigo al
delincuente evitando a la vez un rigor
cruel y vengativo y una lenidad excesiva
y cobarde? ¿Sabe el guerrero vincular
en su espada la victoria y burlar siem-
pre la estrategia y los arribes enemigos;
atemperar debidamente los derechos de
la paz y de la guerra ni dominar
con su ciencia y con sus cálculos, el vi-
gor de la constancia y el ímpetu del
heroísmo?

Acierta el estadista a mantener en
constante equilibrio todos los derechos
y deberes de los súbditos; a reprimir las
deமானias de la ambición, a hacer res-

potar el derecho de gentes, a conservar perpetuamente la suspirada paz universal?

¿Ha llegado el astrónomo a descubrir todos los cuerpos celestes; a señalar sus orbitas, a predecir sus movimientos y revoluciones, a descubrir la sustancia y naturaleza de sus manchas, de sus protuberancias y de sus masas?

¿Han averiguado el físico el naturalista y el geógrafo todas las variedades de los seres de los tres reinos; sus propiedades generales y particulares; sus relaciones, sus movimientos, sus leyes, las calidades, las variaciones y la posición de los terrenos y de los climas, ni explican todos los fenómenos meteorológicos, todas las diferencias y anomalías de las estaciones, ni alcanzan a evitar las catástrofes de los volcanes, de las tempestades y de las inundaciones de las sequias y de los huracanes?

¿Ha fijado ya el químico el número de los cuerpos simples y de los compuestos? ¿Conoce todas las combinaciones de los elementos, ni sabe descomponer todos los cuerpos ni recomponerlos en su primer estado?

¿Ha llegado el matemático a reducir todos los calculos; a despejar todas las incógnitas a encontrar los métodos mas breves y mas seguros y mas fáciles de resolver sus problemas? ¿Ha logrado ya su aspiración de llegar siempre a la verdad y justificado plenamente el título de exactas que ha dado a las ciencias que cultiva?

¿Ha hecho ya todas las aplicaciones y desechado la insuficiente teoría de las aproximaciones ni el fatible calculo de las probabilidades? ¿Ha reducido a una sola las diferentes categorías o grados de certeza convirtiéndolos todos en axio-

mas?

Pues, si en todas las ciencias encontramos tantos vacios y tan grandes defectos, lo mismo en las que estudian hechos estaticos o materiales que en las que se refieren a los funcionales o dinamicos; Por que se ha de exigir a la Medicina una exactitud y una perfeccion que las demas no tienen y que en la muestra sera siempre mas dificil de alcanzar por la variedad y la movilidad de los fenomenos vitales?

Abas no se crea que con esta serie de preguntas, tratamos de eludir la contestacion de las que se nos dirijen: nada de eso; la Medicina se encuentra hoy en terreno firme y puede recibir la discusion.

Impecemos haciendo concesiones. Es muy cierto que no hemos hallado aun el secreto de la inmortalidad, que es,

12

por lo visto, lo que de nosotros se pretende: es mas: estamos seguros de no hallarle nunca, porque los medicos tenemos la suficiente filosofia para considerar que la muerte y la vida, como el placer y el dolor, entran como factores de un plan providencial, cuyos designios en vano tratara de cambiar el hombre. Nacemos para vivir; y vivimos para morir, en virtud de una ley inevitable y eterna: todo lo que a esta ley tratara de oponerse seria impio y la medicina, por mas que asi la consideren muchos, no es impia.

Pero ¿no sabemos dar la inmortalidad, hemos en cambio remuelto el problema de hacer mas largo el termino natural de la existencia y de disminuir el numero de fallecimientos en una proporcion tan asombrosa, que solo los expansionados o los que no entiendan de estadísticas, podran negar; y

esto, a pesar de que la lucha por la existencia va siendo cada día mas encarnizada, constituyendo una causa de mortalidad que hace por si sola entre el proletariado mas victimas, que todas las epidemias juntas. La historia de la Medicina esta llena de enfermedades que ya no existen: en el siglo IV y durante cincuenta y dos años la peste levantina hizo en Europa cien millones de victimas, en una poblacion mucho mas pequeña que la de hoy. En el siglo XIV acabó cuarenta millones de hombres la mitad de la poblacion del globo: Venecia perdió setenta mil y sesenta mil Nápoles. Reapareció en 1720 en Marsella y en Moscov en 1771, pero pareció retroceder bien pronto ante los progresos de la ciencia. Hoy ha abandonado Europa para refugiarse en Arabia y Persia, donde encuentra la miseria, la incuria y la suciedad, sus naturales aliados.

La lepra, que cubria a Europa en la Edad Media, hasta el punto de existir entonces 19.000 hospitales de leprosos, ha cedido a las victorias

de la higiene: solo es hoy un recuerdo historico del que quedan pocos ejemplares.

Y no se crea, que pretendemos haber encontrado el medio de curar estas espantosas dolencias: no; pero hemos aprendido algo que es mejor que curarlas: las evitamos.

Por lo que al colera respecta, España está siendo ahora palpable prueba del poder efectivo que la medicina ejerce sobre esta epidemia. El argumento de quiles de nuestros modernos detractores, consiste en acusarnos de no haber encontrado un remedio eficaz contra esta plaga; nuestro principal argumento para defender a la ciencia de las inculpaciones que se la dirijen nos lo facilita el colera tambien, porque nos parece mas meritorio prevenir que curar y hasta ahora, por fortuna, y gracias a las medidas que la ciencia médica recomienda, nos vemos libres del cruel azote indiano que tan de cerca nos amenaza. Para no agradecer este beneficio, que solo a la ciencia se debe, se ha

inventado una ingeniosa teoría que consiste en desacreditar al agente colerígeno haciendo-le aparecer como un enemigo ya caduco y exánime que carece de fuerzas para producir los estragos que en otras épocas originaba: es decir: se atribuye a la debilidad de la epidemia lo que es hijo de la fuerza y poderío que va conquistando la higiene. Los agentes purospermáticos, virulentos, miasmáticos, B^a que constituyen la esencia de las causas morbígenas de las epidemias no envejecen nunca: lo que envejece son las antiguas creencias, las preocupaciones de otro tiempo que se oponían al desenvolvimiento de los progresos científicos, en materia de profilaxis y que aseguraban un medio ambiente, en alto grado idóneo, para que aquellos agentes de destrucción realizasen su obra devastadora = que preguntan a las ciudades Nápoles y Spersia, donde la higiene brilla por su ausencia si es inerte y caduco el colera que las está despoblando.

¡ Que injusticia tan grande la de la sociedad al desconocer y aun negar los beneficios que recibe de la medicina. ¡ Cuanto cierto es que el hombre se olvida pronto del bien que le hacen y que solo guarda memoria del mal que recibe. La tempestad que destruye sus mieses, deja indeleble huella en el ánimo del labrador; no así la benéfica lluvia que asegura sus cosechas y de la que apenas hace mérito. El descubrimiento del sulfato de quinina ha hecho menos ruido en el mundo que la invención del cañon Krup: el nombre de Jenner es menos conocido que el de Attila

Pero día llegará y tal vez no se encuentre muy lejano, en que se repare cumplidamente la injusticia que con nosotros se comete. Cuando logremos borrar de la Patología las palabras colera, difteria, tifus, paludismo, como hemos casi borrado la palabra viruela gracias al inmortal descubrimiento Jenner y como hemos borrado por completo la lepra y la peste; cuando esto

sucedan, que no será tarde, a juzgar por el movimiento de avance que se nota en el campo científico, se devolverá a la Medicina la importancia de que hoy trata de privarcela; y aunque la justicia sea postuma, como todas las de este bajo mundo, servirá al menos para demostrar a las generaciones venideras que no fue razonable ni prudente la conducta que se observa con nuestra profesión en las postrimerias del siglo XIX.

El celeberrimo Doctor. Bidoux dijo hace muchos años:

"El porvenir de la Medicina y por consiguiente su verdadero progreso debe buscarse con preferencia en la atenuacion del número, de la violencia y de la especificidad de las enfermedades, por los progresos de la salud general y la reparacion directa de la naturaleza a beneficio de las conquistas de la higiene en sus dos aspectos de privada y pública; en la difusion de la moralidad, de las luces y de las comodidades, mas bien que en la curacion de los ma-

les una vez formados."

Esta prudente linea de conducta del gran terapeuta francés, se ha adoptado en absoluto y sin restricciones por la generacion médica actual, que fia mas en las conquistas que puede hacer sobre el estado fisiológico en el sentido de conservarle y perfeccionarle, que en los triunfos que pueda conseguir sobre el organismo alterado por los padecimientos. A esto justamente, a dirigir la Medicina hacia la profilaxis es a lo que se tiende actualmente con el gran desarrollo que va tomando la Higiene en sus dos ramas Merologia y Macrobiótica; esto realizó Jenner con la vacuna; esto está realizando Pasteur con la rabia y esto es lo que ahora se pretende con las inoculaciones y atenuaciones de virus que se ensayan en nuestros laboratorios experimentales.

A todo esto no hemos dicho aun nada de los poderosos recursos terapéuticos descubiertos en estos últimos tiempos, ni de

la perfeccion, eficacia y racionalidad de los tratamientos curativos que se emplean actualmente, ni de los admirables instrumentos de observacion de que disponemos; ni de la importancia social cada dia mas estensa de la Medicina; ni de su mision civilizadora; ni de su intervencion, mas necesaria ahora que nunca, en la confeccion de las leyes, ni de otra porcion de puntos interesantisimos, que revelan la grandiosidad de nuestra ciencia, y de los que no podemos ocuparnos con la estension necesaria puesto que en nuestros mayores enemigos nos los niegan.

Ya pueden començarse los que creyeran que la Medicina se encierra solamente dentro de los moldes de la patologia y de la terapeutica, que la mision del mèdico es mucho mas estensa y que su campo de accion es dilatadisimo; como asi mismo, podran persuadirse, al ver los nuevos

rembos que toma nuestra ciencia hacia la profilaxis de que ninguna otra profesion la iguala en nobleza ni en desinterès, puesto que a' la abnegacion de colmar de favores a' los mismos que niegan sus beneficios, une el desprendimiento, que supone, la supresion que intenta de las enfermedades, que al fin y al cabo, son el objeto de nuestro trabajo y ellas nos proporcionan a' bien duro coste los medios materiales de subsistencia. Como no falta quien tache a' los mèdicos de interesados sin duda porque no todos pueden poner a' la puerta de su despacho el lucrum neglegenti lucrum que se leia en el frontispicio de la casa de Fabricio se alguna pendente y que tanta fama dio a' este práctico, no sera' ocioso que transcribamos los siguientes parrafos tomados de un discurso del Dr. Benavente, que expresan a' maravilla nuestro pensamiento

"i Se ha dado en algùn tiempo el

caso de que los fabricantes y armadores de buques hayan escrito acerca de los peligros que corren los que viajan por mar para que la gente no se embarque y camine por tierra siempre que sea posible? 2

"¿Ha existido o existe alguna empresa de ferrocarriles que sostenga y se fienda publicamente las ventajas de los viajes por mar, en diligencia o coche de colleras, para no exponerse a los descarrilamientos y choques de los trenes?"

"¿Donde están los negociantes, los industriales, los artistas, las clases sociales, en fin, que peroran y escriben contra sus propios intereses, defendiendo la conveniencia y el interés de los demás?"

La clase médica es la única, aunque pese a los ingratos escépticos, que estudia, trabaja y escribe con la mayor abnegación y el más noble desinterés para evitar en lo posible las enfermedades epidémicas y comu-

nes, para disminuir el número de los enfermos, reducir el número de las visitas y mermar el fruto de su penosa y amarga profesión!"

Aquí podría dar fin el estudio que hemos emprendido del escepticismo, considerándole como una enfermedad médico social: por nuestra parte, de muy buen grado terminaríamos en este punto nuestro trabajo que no se nos oculta va siendo por demás pesado; pero el perspicuo entendimiento de los ilustres prácticos que forman este Tribunal respetable echaría de ver desde luego que en el cuadro de patología social que hemos borrosamente trazado, falta un dato etiológico importantísimo, que constituye dignamente así el nervio del asunto; que le presta el colorido práctico de actualidad que debe en volver toda obra literaria, y que, un deber de imparcialidad y un sentimiento de justicia nos obliga a tocar siquiera

sea ligeramente.

¿Cabe alguna responsabilidad a los Médicos en la grande extensión y nuevas formas que actualmente reviste el escepticismo del vulgo?

Abordemos esta cuestión de frente y respondamos de un modo afirmativo; si, los médicos, tenemos gran culpa en la producción de la enfermedad social de que nos ocupamos.

Por desdicha, no necesitamos emplear grandes trabajos de investigación para demostrar la culpabilidad que cabe a nuestra clase en el origen de sus propias desventuras; el asunto es de abrumadora actualidad y donde quiera se encuentran hoy datos para estudiarle.

Uno de nuestros mas populares diarios políticos "El Imparcial", publicaba la siguiente noticia el día 5 de Agosto proximo pasado.

"Las discusiones de la Academia de Medicina de París acerca del cólera tienen

un carácter molheresco muy marcado. Los doctores Deschaumes y Laborret, médicos municipales, estuvieron hace poco a punto de venirse a las manos por si el microbio es animal o vegetal. Los doctores Proust y Guerin disputaron en plena Academia de la Sesión del día 30 y se pasaron de oro y azul.

"Esto demostrará que hay un microbio tan terrible como el del cólera: el microbio de la vanidad."

Otro periódico político, al ocuparse de la misma escandalosa discusión habida entre Mr. Proust y Mr. Guerin sobre las teorías de la diarrea promontoria del cólera, terminaba con el siguiente comentario:

"Desgraciadamente de este sistema de discusiones médicas resulta, que todo es verdad y todo es mentira y que nadie sabe a que atenerse."

Aunque mucho nos duele hacerlo, forzoso es confesar que ambos comen

tarios, por mas que nos lastimen hondamente, son sin embargo oportunos y merecidos.

Pero nuestra pena, la pena de los medicos españoles seria menor, si solamente allende el Pirineo ocurrieran estas cosas que tanto dañan a nuestra profesion; pero en esto, como en todo, la moda Francesa nos ha impuesto su despiado yugo y aqui se dan tambien casos de discusiones escandalosas, sostenidas entre doctores celebres, con la circunstancia agravante de que no es la Academia ni el libro el palenque del combate, ni es perito el Juez a quien la cuestion se somete, sino que, olvidando los gladiadores que tienen un nombre que guardar y una profesion a que dar lustre, dirimen sus contiendas en la prensa politica, que les ofrece desde luego mayor notoriedad, pero en cambio les expone tambien a una caida mas lamentable y de mas funestas conse-

cuencias para su reputacion. Y me nos mal, si solamente sufriera detrimento el credito profesional de aquellos medicos, que olvidando hasta las mas vulgares conveniencias, sacan las cuestiones de su terreno y las lanzan impremeditadamente a la plaza publica: seria al fin y al cabo el merecido premio de su accion; pero lo malo del caso estriba en que los medicos sensatos y modestos, que conocen los peligros que entraña proceder con tanta ligereza en asuntos tan graves, estos medicos, que, por fortuna, son los mas, sufren por igual la pena del descredito que solo a los imprudentes correspondia en justicia.

Y como pudieran interpretarse torcidamente los anteriores conceptos en el retrogrado sentido de creer, que odiamos la discusion de la luz en los asuntos medicos, importantes mucho antes de pasar mas adelante establecer

nuestro criterio acerca de este punto.

La medicina no es para nosotros una ciencia que necesite ya ocultar en el oscuro fondo del santuario las nociones vagas en que se apoya, para explotar en beneficio propio la superstición de los hombres: los egipcios templos de Mendes donde se adoraban machos cobríos y el antro de Charon se han convertido en anfiteatros públicos y en academias donde se desenvuelven sin reticencias y en un lenguaje inteligible y claro para todos, los dogmas de la ciencia: las tablas votivas de los Asclepiades se han transformado en multitud de periódicos y revistas profesionales, en cuyas columnas se dilucidan diariamente los más arduos problemas de la Medicina. La edad en que vivimos rinde por otra parte ferviente culto al libre examen: hoy se discute todo; no hay problema social, ni religioso, ni político,

16
ni científicos que no esté en todas partes sobre el tapete; hoy se discute a dios en los Ateneos. ¿Cómo hemos de considerar inmune contra el espíritu crítico del siglo a la ciencia que profesamos y que, por otra parte, puede como ninguna resistir los más duros embates y las más aceradas críticas del libre examen?

Entiendase bien: admitimos sin trabas el principio de la libertad de discusión científica: consideramos dicho principio como un derecho imprescriptible de las inteligencias: creemos que el libre examen es el alma de toda ciencia que no ha cerrado el círculo en que debe desenvolverse: si queremos que la Medicina se discuta: deseamos que la ciencia se vulgarice en la medida que lo permitan el esparcimiento de las luces y el aumento de la razón pública y en la medida que lo consentan la trascendencia de los problemas y el

grado de certidumbre que estos encie-
rran; fundamos cabalmente en esa
discusion y en esa vulgarizacion de
los principios científicos el brillante
porvenir de la Medicina: lo que no que-
remos es que se saquen del libro, de la
cátedra, de la Academia, de la Clínica,
o del laboratorio y que se lancen a
un público no preparado para reci-
birlos, y a quien por otra parte no
aprovechan, aquellas palpitantes
cuestiones que aun tenemos los médi-
cos en litigio y acerca de las cuales
no ha dicho la ciencia todavía su
última palabra: lo que en manera
alguna deseamos, es el que, por un
vano deseo de exhibicion de algunos,
sufra detrimento la respetabilidad de to-
dos: lo que censuramos con toda nues-
tra energia es que se conculque la mi-
sion del médico, que es curar cuando
pueda, y cuando no pueda, consolar
al menos, pero nunca, destrozar las

esperanzas del público ni sembrar entre
él una desconfianza, un pánico y un
escepticismo cuyas fatales consecuencias
ha de sufrir en primer término nues-
tra honorable clase (5).

A bien que el público no necesi-
ta de nuestros estímulos para dudar
de la eficacia del noble arte que ejer-
cemos: siempre y en todas las épocas
han estado las masas dispuestas a
la duda y mucho mas en estos tie-
pos positivistas en que se ha perdi-
do la fe en todos los ideales. Sin ne-
cesidad de que nosotros añadamos le-
ña al fuego está bien encendida la ho-
rrible hoguera donde era hidra de cien

(5). Por lo que robustece nuestra opinion y por lo que refuerza nuestros argumentos, no menos que por la sensatez, ponencia científica y sabiduria que revela, nos permitiremos copias a continuacion, si quiera sea en forma de nota una interesante carta que el periódico "La Época" ha publicado en esta tras y que se atribuye a un docto Catedrático de esta Facultad de Medicina.

Dice así la carta:

"Mi estimado amigo: Vaya una barahunda que han armado los médicos presentando ante el público cuestiones que no puede purgar ni resolver."

mil cabezas llamada a opinion publica,
despues de quemar su fe en la Medicina
esta trispuerta a quemar tambien a los
dispensadores de esta humanitaria ciencia,

Un sabio doctor dice no: otro sapientissimo dice si, y
otro que se yo. Antes Hipocrates decia lo primero; Galenus negaba
y ahora aparece Piquer diciendo lo tercero.

No hubiera sido preferible para esos justisimamente
celebrados doctores acudir a la academia a discutir su con-
tendencia experimental y no sacar el fuego del escepticismo me-
dico que tan facilmente penetra en el vulgo, suponiendo que
ignoramos el todo del colera, a pesar de las peligrosas heroi-
cidades de los que viven entre los moribundos y registran
sus entrañas!

Que logica la de algunas gentes? Ignorante agricultor
que despues de pasar años y años entre los viuedos, el or-
dinarlo primero y la filoxera despues!

Vanosa ciencia la del ingeniero, que no sabe en
plena academia de Paris la causa del secanamiento
de Aragon ni la del puente de Alandia!

Polse geologo que no contiene el volcan del Cerubio!
Yufelmo mordista que no pone coto a los suicidios, ver-
guenza de la mitad del siglo XIX!

Pero, lectores ilustrados, no se curaron muchos apes-
tos de antes, atarados de la fiebre amarilla de hoy, del
tifus del dia y con intermitentes perniciosas a cada
instante, con remedios contra los automas sin tener
su cuenta su naturaleza, secreto impenetrable para to-
car estas volencias en su modo de ser, de la causa, conocida
perfectamente aunque variable en sus efectos?

No curó yo el año 65 a tres cueros Piquanos moribun-
do, y a mi hijo, y cien otros doctores a infinitos?
No que hay, es que no se ha encontrado todavia con-
tra los vomitos y diarrea una quinaquina segura para todas
y si solo para algunos.

Como no se ha encontrado todavia y no se arma tan-
ta algarava, el remedio para infinitos que bueren de garrotillo
viruela maligna y tifus cerebral de. L. G. G.

Conque el oportunismo contra los males que Dios nos envia, es
contra el colera, bien segun constancia, seriedad, y acudido
a tiempo, en la quinaquina que los mata, solo saben curar los
los medicos, y papateros altos xapateros!

Un doctor con tres estrellas ganadas en buena lid. "

Desde hace cuatro meses, y escribimos
estas lineas en Octubre del año 34; desde
que el colera ganguetico sento sus reales en
la Republica Francesa, forzoso es decla-
rar que la Medicina y los Medicos han
perdido mucho en el concepto publico. Es
frase corriente la de que las epidemias
son el campo de batalla de los medicos:
quemar decir lo que esto afirman que
son el Waterloo de la Medicina porque
la verdad es que de estos campos de bata-
lla volvemos siempre derrotados. Y no
sera ciertamente porque no luchemos
con bravura ni defendamos nuestro te-
rreno con heroismo; en esas circunstan-
cias tristemente solennes, en que parece
que Dios ha retirado del mundo su mano
protectora, en que el alma humana
se eclipsa y abandona al hombre a los
materiales impulsos del organismo;
en que todos los vinculos sociales se relajan,
el Medico, es el unico, que conserva la
mas grande firmeza de espiritu, la

la mas alta virtud la abnegacion mas absoluta para conservarse a la altura de su mision: si aparecemos derrotados es por que, ademas de luchar contra una plaga cuya misteriosa etiologia se pierde aun en el pensamiento misondable de Dios, tenemos que luchar tambien contra la ignorancia y las preocupaciones de un vulgo en el que, el poderoso instinto de conservacion amenazado, ciega todas las fuentes de la honrrader y de la justicia y le hace entregarse a reprobados actos de barbarie contra aquellos a quienes debe mayores beneficios.

Negarse la pluma a describir los brutales atentados de que los medicos han sido victimas durante las epidemias: mas como el hacerlo es necesario para la demostracion de nuestro aserto, entresacaremos de la prensa periodica algunos casos del martirologio medico; de los muchos que hace tiempo viene publicando.

"El Imparcial" 1.º de Agosto - 84.

"Entre las clases bajas de Marsella, las supersticiones y las preocupaciones que de ordinario acompañan al colera estan en todo su apogeo. En los barrios pobres, la gente está convencida de que los medicos han recibido orden de perpetuar la epidemia y de que los medicamentos son venenosos. Muchos obligan a los medicos a probar las medicinas. Un joven que días pasados vio a un Medico dirigirse a su casa para recetar a su madre que habia sido atacada por el colera le cerró la puerta en las narices. Otro, amenazó a un Medico con un cuchillo para que se fuere de una casa en que habia entrado y donde habia un enfermo. En el Puerto viejo habitado por una colonia de Italianos, compuesta de 800 personas, cuando las autoridades distribuyeron los desinfectantes, la gente los tiro por la ventana. Los medicos tienen miedo de entrar en las casas por la hostilidad de sus habitantes. Ruegos, amenazas, promesas, todo es inutil. Para visitar el barrio, el Prefecto tuvo que

pedir protección al Consul de Italia

2 de Agosto.

Uno de los médicos de Montpellier que han ido a Tolón escribe al Eclair:

"Cuanto se ha dicho sobre las supersticiones del pueblo, es pálido comparado con la realidad. En las clases bajas es cosa de fe general que los médicos espersen de noche por el aire unos polvos venenosos que son los que producen el cólera.

"Ayer un obrero de cierta educación, a cuya mujer acababa yo de asistir, me llamó misteriosamente aparte para decirme que no tenía confianza mas que en los médicos de Montpellier y para rogarme por Dios que le dijese si era verdad el origen que el pueblo atribuye al cólera.

"Prefieren morir antes que ponerse en manos de un médico, y recurren a las curanderas que están haciendo en agosto.

"En todas las casas pobres se ven colgados

del techo paquetes de la hierba principal de esta farmacopea: la ruda.

"El carácter irracional de las convulsiones orgánicas de muchos enfermos hallando la atención de los médicos tolonenses sobre el hecho de que el empleo estraviado de estas hierbas ha sido indudablemente una de las mayores causas de mortalidad de la epidemia actual."

3 de Agosto -

El corresponsal del Times dice que aumenta en Marsella de tal modo la animosidad contra los médicos, que no pueden ir de noche a ciertos barrios, y que repetidas veces se ha atentado contra sus personas.

El corresponsal del Daily-News ha visitado el barrio Belle de Mai, el mas populoso y pobre de Marsella, y refiere asi sus impresiones:

"Aquí predomina sobre todo la caridad individual. El club republicano del Franc Coeur ha alquilado un café para

cocina pública. Los empleados son voluntarios y trabajan de valde día y noches. Allí se agrupaban gran número de mujeres, sobre todo madres de familia.

"En la casa de Mme. Clovis Hugues, la mujer del diputado había gran calor. Es una mujer muy energética y se nos tro agradecido. Cuando entramos estaba ante una caldera distribuyendo sopa, mientras otra persona distribuía pan y vino.

"Su esposo con algunos amigos recorrian las habitaciones, llevando comida a los enfermos y pobres que tenian albergados y dandoles el mismo fructificación.

"En este barrio todo el mundo le adora. Es muy popular. La gente se niega a tomar los remedios de los médicos pero toma de buen grado las medicinas de Mr. Clovis Hugues, que adopta el sistema Raspail y con muy buen resultado. El otro día fué en

compañía de un médico a visitar a una mujer atacada por el colera. El hijo lo recibió con un revolver en la mano. Pero al saber que uno de ellos era Mr. Clovis Hugues, lo dejó cuidar a su madre y la mujer se ha salvado!"

El de el gorto.

"Las mismas escenas que ocurrían en Francia, se reproducen en Italia pero mas acentuadas. El populacho del barrio de Porto en Napoles, ha maltratado y herido gravemente a un médico que había sido llamado para asistir a un colérico. La multitud le acusaba de envenenador. En los distritos rurales apedrean a los médicos y los enfermos se encomiendan esclusivamente a sortilegios y remedios supersticiosos."

Semejantes hechos y otros muchos de que no queremos hacer mención por ahorraros y ahorrarnos momentos de tortura, vienen a justificar con desgarrada

dora elocuencia la acritud de nuestras frases y nos demuestran que no es infundada la importancia trascendentísima que atribuimos a la cuestión que nos ocupa.

Bien sabemos, que los execrables hechos de que acabamos de hacer mérito han tenido en la Historia numerosos ejemplares.

Durante la peste de Marsella en 1720 según relata Papon, los médicos se vieron insultados públicamente en las calles: se les acusó de abultar los peligros para hacerse necesarios y enriquecerse y se dijo que querían explotar el temor de los hombres como se explota una mina. En Verona el año 1630, Fr. Gracioso y Camilo Giordani se vieron apedreados por el pueblo solo por haber certificado la presencia de la peste. En Nápoles, un Médico fue condenado a prisión en una circunstancia anac-

19
loga. Otro del Hospital Emedio = Santilli de Bruner, fue castigado a palos de orden del Rey por haber declarado igualmente la presencia de la epidemia. En Francia cuando la invasión del cólera Asiático fueron acusados de ser los instrumentos de una infernal maquinación del Gobierno y de envenenar al pueblo corriendo muchos de ellos por tan absurda imputación el riesgo de pagar con su vida el sacrificio que hacían en obsequio a sus conciudadanos."

Pero si no tienen disculpa tan bárbaros procederes sea cualquiera la época y el lugar en que se realizaron la tienen mucho menos en las postrimerías del siglo XIX., de este siglo que ilumina tan odiosas escenas con la luz eléctrica, que las hace indelebles por la fotografía, que las relata por el cable submarino, y que las contempla desde el globo aerostático, cuya dirección bien descubierto.

No quiero abusar mas de vuestra
paciencia, Excmo Sr, y voy a dar
fin a mi ingrato trabajo sin que
doos un ruego. Considero de un in-
terez vital para la clase medica
el que se combatan seriamente,
las preocupaciones, los errores y
el descreimiento que la acerca de los
asuntos de nuestra profesion van
arraigandose en el vulgo; los exe-
crables hechos ocurridos recientemente
en Francia y en Italia, pueden te-
ner en España funesta repercu-
sion o, por mejor decir, la han teni-
do ya aunque en pequeño; si este
año nos libramos de la epidemia
colerica, es casi seguro que no nos
libraremos en el proximo: aqui por
otra parte tenemos prevenida en
contra nuestra a la opinion
publica que bien claro lo
patentiza con sus hechos
y por medio de la prensa

que es su organo de trasmision
(1). Se ocha de ver la necesidad de
un trabajo serio y concienzudo que
haga luz en este importante asun-
to y rectifi que los torcidos juicios
de la opinion, poniendo a la medi-
cina en el lugar que la correspon-
de: cualquiera de los ilustres doctores
que constituyen este Tribunal res-

(1) Veáse en corroboracion de esta idea lo que dice un escritor de los mas
curiosos del pais en un diario de gran circulacion:
"Digo decir en un momento de exaltacion histérica que cuando
se trata de la fe religiosa hay que creer en algo, aunque sea en las
brujas.... si las disputas de los médicos concluyen por aturdir y quie-
tar al público la fe en la Medicina, que ha de hacer el he-
rédito del paciente sino recurrir al primero que le ofrese
la salud, sin analizar en que forma de se proce-
de, como no discutimos, ni examinamos, ni entendemos,
requiera el tratamiento científico, tan misterioso pa-
ra el vulgo como las formulas rituales con que magi-
camos el agua, esos mismos curanderos (los apóstoles)
que persigue el Gobernador y absuelven los Tribuna-
les de justicia?"

Creemos que las discusiones de los médicos son
una de las causas que favorecen al charlatán que pre-
tende curar las enfermedades sin tomarse la pena
de estudiarlas.

Todo el que lee los anuncios de parrucas, pil-
loras, elixires y demás productos de la farmacia
mercantil no desea que los médicos son justos
que se especulen horriblemente con la salud y la credulidad
pública. Es lo que el escepticismo en medicina.

petable, podría con la autoridad que le
da su ciencia y el elevado puesto que
en la enseñanza ocupa prestar ese impor-
tantísimo servicio a la Medicina y a la
Humanidad: os ruego que mediteis sobre
ello y si lograre leer dentro de un pla-
zo breve un estudio completo sobre "El
Escepticismo en Medicina," debido a la
docta pluma de algun Catedrático de
San Carlos, daría por bien empleada
mi modesta labor y me mortificaría
menos la idea que ahora me apena
de haberos fatigado excesivamente
= He dicho =

7- Hoy dejáramos

